

reseñas

Pablo Concha Ferreccio

Silviano Santiago. *Genealogía de la ferocidad. Ensayo sobre Gran sertón: veredas, de Guimarães Rosa.* Trad. Mary Luz Estupiñán.

Santiago: Mimesis, 2018. 156 pp.

Pablo Concha Ferreccio es estudiante del Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile; licenciado en Letras Hispánicas por la Pontificia Universidad Católica de Chile, y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Correo electrónico: pabloconchas@gmail.com

Texto leído en la presentación de *Genealogía de la ferocidad. Ensayo sobre Gran sertón: veredas, de Guimarães Rosa* (Mimesis, 2018), de Silviano Santiago. El lanzamiento tuvo lugar el 27 de octubre en la librería Concreto Azul, en Valparaíso.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



Silviano Santiago y la filología desquiciada

En estos días es poco frecuente encontrarse con un texto como este, tan radical, enfático y lúcido. Una intervención quirúrgica al cuerpo del canon, que pretende quitarle uno de sus órganos principales para, literalmente, crear otro individuo, uno que ni siquiera pertenece a su especie. ¿Cuál es esa operación? ¿Cuáles son sus alcances y los problemas que sugiere?

Para entender la lectura de Silviano Santiago vale la pena ir atrás en el tiempo, hasta un texto en el que Paul de Man reseña los problemas que suscitó la entrada de la deconstrucción en la academia norteamericana hace ya unos cincuenta años atrás. En un artículo de 1982 publicado en *The Times Literary Supplement*, De Man describe el denso clima que se respiraba en las oficinas de Yale debido a la lucha entre los profesores antiguos y los nuevos: los primeros, formados en y defensores de la tradición literaria decimonónica que se basaba en la construcción de un canon normativo; los segundos, entusiastas que pretendían renovar los estudios literarios premunidos con armamento teórico francés de alto calibre (léase Derrida, Kristeva, Barthes, Foucault y compañía). Los profesores de la tradición veían que la nueva vocación teórica estaba acabando con la enseñanza de la literatura tal como ellos la habían conocido; y no solo con la enseñanza, sino con la reflexión sobre literatura, es decir, con la disciplina misma de los estudios literarios. El miedo que motivaba estas voces de alarma, nos dice De Man, no respondía realmente a la amenaza de algo así como un apocalipsis académico, sino al fin de un modo de leer que ubicaba a los críticos en un lugar de seguridad moral, dado por una tradición hermenéutica reacia a examinar sus premisas basales.

Curiosamente, la más peligrosa arma de los jóvenes académicos no era otra que la lectura, pero una lectura atenta o cercana: “resulta que el mero acto de leer, previo a cualquier teoría, es capaz de transformar el discurso crítico de un modo que parecería profundamente subversivo a aquellos que ven en la enseñanza de la literatura un sustituto de la enseñanza de la teología, la ética, la psicología o la historia intelectual” (De Man 43). El corazón de esta revolución teórica consistió entonces en volver a colocar el texto en el centro de la atención crítica: “en la práctica, el giro hacia la teoría se produjo como una vuelta a la filología, a un examen de la estructura del lenguaje previa a la del significado que produce” (44). La estrategia de De Man es clara: legitimar el nuevo método de lectura a partir de una analogía con la principal praxis hermenéutica de la historia occidental: la filología; el título del ensayo es, precisamente, “The return

to philology”. En cuanto práctica de lectura, la deconstrucción imitará a la filología al preguntarse por los mecanismos de producción del sentido (y también por sus aporías), para recién, en una segunda etapa, deducir significados desde esas operaciones. Solo así sería dable imaginar una historia de la teoría literaria, que no es otra cosa que “el intento continuado de desenredar este nudo [entre retórica y hermenéutica] y hacer constar las razones por las que no se consigue” (90).

Discrepancias aparte, creo que en sus puntos principales la analogía de De Man procede, y traigo a colación esta disputa ocurrida en el corazón del imperio porque dice directa relación con el modo de leer que ejerce Santiago en *Genealogía de la ferocidad. Ensayo sobre Gran sertón: veredas, de Guimarães Rosa*. La tradición hermenéutica que se escandalizó con la deconstrucción es similar a la que Santiago emplaza: aquella que, antes de un examen retórico o poético, adopta un cierto paradigma hermenéutico e intenciona el significado del texto de acuerdo con aquel. Específicamente, buena parte de los ataques de Santiago a la tradición brasileña de lectura de *Gran sertón* pretende liberar a la novela del compromiso de sus estudiosos con cualquier ontología (afín a los “milicos de izquierda” o a los “milicos de derecha”, en palabras del crítico). La estrategia de Silviano es, entonces, antes que postular un significado del texto, retroceder un paso para desatar las interpretaciones que instalan a la novela en sistemas de sentido que parecen no hacerle justicia; ya sea el universalista: Cavalcanti Proença la lee desde las novelas medievales de caballería; ya sea el nacionalista-emancipatorio: la lectura de *Candido* desde *Los sertones*; ya sea el mítico: con la lectura de Schwarz desde *Doktor Faustus*; ya sea el político: las películas de Glauber Rocha.

El problema de estas lecturas sería que empobrecen nuestra comprensión de *Gran sertón* al “domesticar” políticamente su núcleo monstruoso; así, perderían de vista su carácter excepcional, que constituye su mayor aporte a la literatura no ya nacional sino mundial (esa monstruosidad, en primer lugar, lingüística, es abordada en un valioso ensayo de Marília Rothier Cardoso sobre la traducción española, incluido en el libro como apéndice). Un aspecto muy destacable del ensayo de Santiago es que su crítica a las lecturas domesticadoras es realizada echando mano a una categoría analítica que deriva de y está presente en la novela misma (lo que también está de acuerdo con el método filológico del que hablamos antes). Me refiero a la irascibilidad, que él define como “la imposición de lo *gregario* en el sertón por un gesto de hombre que es superior a los

demás; el gesto disciplinario, el discurso autoritario. La ira es el motor de la disciplina y de la autoridad en el Alto San Francisco” (47). Esta es la principal categoría que se empleará para disciplinar *Gran sertón: veredas*, cuya tradición es deconstruida para mostrar una nueva comprensión de la política y de la historia en la novela.

Uno de los análisis más originales del libro es su relectura de la relación entre *Gran sertón* y *Doktor Faustus* en cuanto mitos de origen o dramas fáusticos. La lectura primera, a cargo de Roberto Schwarz, es una reflexión sobre el destino que ambos protagonistas –Riobaldo en *Gran sertón* y Adrian Leverkühn en *Dr. Faustus*– eligen: ambos deben cumplir una tarea que sobrepasa sus capacidades, y para lograrla recurren a un pacto con el diablo que jamás se resuelve. La interpretación de cada caso acaba en un “destino humano” para Riobaldo y en el nazismo alemán para Leverkühn. Ahora bien, el diablo, nota Schwarz, nunca aparece en las novelas, no hay evidencia material de él; sin embargo, el crítico interpreta la homosexualidad de Riobaldo y la sífilis de Leverkühn como índice de su presencia, y ve al propio Diadorim como “el rostro del diablo” (33). En contra de una interpretación tal, y en lugar de recurrir al culturalismo norteamericano (salida más recurrente y predecible en nuestro medio), Santiago relaciona las condiciones del pacto diabólico con la trama afectiva de las novelas, que se anuncia en elementos de significación, tanto más esquiva, como lo son las sensaciones térmicas y las formas que adquiere lo monstruoso en ambos casos. Así, demuestra que el pacto con el diablo establece cierto código de las sensaciones, que trasluce un código afectivo de hombría y de amor, tal que nos dice, de un modo indirecto, que el amor homosexual es vivido como natural por Riobaldo, y que justamente la prohibición del diablo consiste en no poder vivir ese amor con Diadorim. El amor humano del *Dr. Faustus* se equipara con el amor homosexual en *Gran sertón*.

El comparatismo entre ambos textos es válido, los vasos comunicantes existen, pero no del modo que resultaba más accesible, sino soterradamente. La clave de la homosexualidad no está en las expresiones de afecto explícitas que Riobaldo le dirige a Diadorim. Esto es aún la superficie del texto. Santiago dirá que “el amor homosexual [...] se presenta y se representa como ‘acciones que son las casi iguales’” y que tienen el poder de instruir al lector; se trata de un rendimiento narrativo insospechado. En conexión con el argumento de Santiago, vale la pena destacar el trabajo de traducción de Mary Luz Estupiñán. En el capítulo llamado,

precisamente, “Acciones que son las casi iguales”, la traductora logra un sutil juego de traducción. Como sabemos, el relato de Riobaldo al descubrir que Diadorim es mujer termina así: “escondí las lágrimas mayores. Aullé. ¡Diadorín! Diadorín era una mujer” (citado en Santiago 80-81). La reiteración de “ma”: “lágrimas mayores”, pero sobre todo la aliteración a partir de la doble ele (aullé) y la i griega (mayores) se duplica en la traducción de Estupiñán, quien nos entrega el comentario de Santiago de esta forma: “Entre el santiguarse y el sollozar, se oye el aullido de Riobaldo, fiera herida mortalmente” (81). A la aliteración producida por la doble ele (“sollozar”, “aullido”) y la i griega (“oye”) se suma la de la sibilante, representada ya por la ese (“santiguarse”, “sollozar”, “se”), ya por la zeta (“sollozar”). Para Santiago, de acuerdo con esta traducción, también los sonidos son casi iguales.

Al tiempo que se deshacen las lecturas anteriores, la dirección interpretativa de Santiago se va abriendo paso. Como lo ha hecho en otras ocasiones, la noción clave que el crítico pone a trabajar es la de suplemento: un elemento que señala un exceso del sistema pero que al mismo tiempo forma parte de él. Es su carácter suplementario el que podría explicar la función (quizás es sobre todo eso, una función) que Santiago le asigna a *Gran sertón* en el canon brasileño; una presencia que, a la vez que incomoda, descentra y pierde al canon, también lo constituye. Santiago le endilga al texto diferentes valoraciones que lo hacen profundamente exorbitante: el Alto San Francisco sería un “enclave arcaico”, y el monstruoso cuerpo de la escritura no sería llevado por un afán mimético, sino que desafiaría la idea misma de literatura: “El monstruo no quiere representar nada; es solo espacio-sin-tiempo en el planeta Tierra” (109). No es extraño entonces que el momento de la propuesta de lectura, de inscribir su comentario en el manuscrito, se encuentre fuera del ensayo sobre la novela, en un *post scriptum* sobre el cuento de Guimarães Rosa, “Mi tío el jagareté”, otra figura suplementaria. Es más, pareciera que uno de los objetivos de Santiago es el de erigir este texto como un recordatorio permanente de la inapropiabilidad última de la literatura, flotando sobre el canon, pero jamás sometiéndose del todo a ninguno de los paradigmas que lo atraviesan. Para decirlo con Barthes, Santiago logra mostrarnos *Gran sertón* como un texto tanto legible como escribible, producto y promesa. Perpetua obra-límite.

Recordemos que los primeros filólogos, cuya tarea era asegurar la transmisión de la tradición escrita de la antigüedad, complementaron su

labor inscribiendo comentarios de apreciación estética en los manuscritos, comentarios que son el germen de nuestra actual crítica textual. En este punto, se debe reconocer que el comentario que Santiago escribe al margen de *Gran sertón* no se aviene para nada con la tradición humanista filológica: Santiago ilumina la retórica textual y llama la atención sobre aspectos semánticos de la novela, pero no los propone como argumentos que sitúen al texto en una trama hermenéutica, histórico-descriptiva. Cierta desazón sobreviene al terminar la lectura de este ensayo, porque su autor no se preocupa por reencadenar la obra en algún otro conjunto de obras ni por intentar una explicación genética que pudiera dar más luces al estudioso sobre el armazón novelesco. A Santiago no le interesa volvernos familiar el texto, no quiere darnos tranquilidad. En este sentido, el crítico no puede sino ejercitar una filología fuera del quicio (del eje) de la tradición.

Para terminar, vale la pena preguntarse en qué sentido esta lectura puede ser política, sobre todo al notar el encono (un tanto extremo y a ratos injustificado, a nuestro juicio) del autor hacia las lecturas marxistas de *Gran sertón*. La deconstrucción de esas lecturas no vuelve de ningún modo apolítica la propuesta de Santiago: el crítico recuerda una y otra vez el fondo histórico de la escena de escritura de la novela, así como su recepción y los discursos tramados en torno a ella. Este fondo no es otro que el del desarrollismo brasileño, ese desarrollismo que pretendió disciplinar el sertón, civilizarlo: “el ordenamiento del sertón es una metáfora reveladora del atraso civilizatorio que representa la toma del poder por los militares, como también de la necesidad de apuntar el modo correcto de desarrollo social e industrial de la nación” (Santiago 54). Habría que concluir entonces que la función suplementaria y la potencia significativa que Santiago observa en *Gran sertón* son inescapablemente políticas en su dimensión performática: la novela resulta ser una suerte de *acción* literaria. La de Santiago es una filología desquiciada, pero filología al fin y cabo, pues no renuncia a proponer un lugar y un papel específicos para un texto en el marco de una historia cultural. El punto es que, en vez de ubicar la obra como parte de una ontología, prefiere advertir su agencia en un momento contingente de la historia brasileña. Ello nos permite, además, actualizar el violento fulgor de esa escritura en nuestro aciago presente.

Obras citadas

- Barthes, Roland. *S/Z*. Trad. Nicolás Rosa. Buenos Aires: Siglo XXI, 1980. Impreso.
- De Man, Paul. “El regreso a la filología”. *La resistencia a la teoría*. Trad. Elena Elorriaga y Oriol Francés. Madrid: Visor, 1990. 39-46. Impreso.
- Santiago, Silviano. *Genealogía de la ferocidad. Ensayo sobre Gran sertón: veredas, de Guimarães Rosa*. Trad. Mary Luz Estupiñán. Santiago: Mimesis, 2018. Impreso.
- Schwarz, Roberto. “Grande Sertão e Dr. Faustus”. *A Sereia e o Desconfiado*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1965. 28-36. Impreso.